

ALTHAUS, CLEMENTE (1835 – 1881)

SONETOS ITALIANOS

ÍNDICE

PRIMERA SERIE

De Francesco PETRARCA (1304-1374)

I

Recuerda que el viernes santo fue el día en que conoció a Laura

II

Belleza de Laura

III

Vergüenza amorosa

IV

V

La noche y la aurora

VI

Laura en el cielo

VII

Volviendo a Valclusa años después de la muerte Laura

VIII

En la muerte de Sennucio, poeta y amante

IX

SEGUNDA SERIE

Sonetos de Dante, Ariosto, Miguel Ángel y Victoria Colonna

DE DANTE ALIGHIERI (1265-1321)

I
A Guido

II
Saludo a Beatriz

III
Alabanza de Beatriz

DE LUDOVICO ARIOSTO

I
A una estancia donde esperaba a su amada

II
La cabellera cortada

DE MIGUEL ÁNGEL BUONAROTTI (1475-1564)

I
A Victoria Colonna

II
Desengaño

DE VICTORIA COLONNA (1492-1547)

I
Al Cardenal Bembo

II
Recuerdos de su esposo

TERCERA SERIE

DEL CARDENAL PIETRO BEMBO (1470-1457)

I
A Italia

De Torcuato Tasso (1544-1595)

I
A San Francisco de Asís

II
Compara su amada a la aurora

DE VINCENZO MONTI (1754-1828)

I
II
En otra profesión

DE VINCENZO DA FILICAIA (1642-1704)

I
A Italia

DE HUGO FOSCOLO (1778-1827)

I
A mi hermano

II
A la amada

DE GIUSEPPE GLUSTI (1809-1850)

I
Los treinta y cinco años

SONETOS ITALIANOS

(Traducidos por Clemente Althaus)

PRIMERA SERIE

De Francesco Petrarca (1304-1374)

I

Recuerda que el viernes santo fue el día en que conoció a Laura

Era el día en que el sol se puso un velo
para llorar de su Hacedor la muerte,
cuando me ataron con cadena fuerte
vuestros soles, que eclipsan al del cielo.

Fue en el tiempo, e iba sin recelo
de que Cupido con su arpón me acierte,
cuando cautivo me sentí, de suerte
que entre el duelo común nació mi duelo.

Hallome Amor del todo desarmado,
y viendo abierta al corazón la vía,
por los ojos entró con desenfado.

Pero ningún honor hace, a fe mía,
a él herirme con flecha en tal estado
y a vos disimular el arma impía.

II

Belleza de Laura

Volaba la dorada cabellera
a Laura que en mil nudos la envolvía,
y de los ojos el fulgor ardía,
como el sol en mitad de su carrera.

De su piedad, o falsa o verdadera,
en el color de su rostro se teñía:
yo que al amor dispuesto me sentía,
¿qué mucho fue que de improviso ardiera?

No era su leve andar humana cosa,
sino de forma angélica y volante;
no mortal parecía, sino diosa:

y al mirarla así sola semejante

por lo bella, modesta y pudorosa,
yo ser juraba su inmortal amante.

III

Vergüenza amorosa

Lleno de una ilusión que me desvía
de todos, y me aísla en este suelo,
aún de mi mismo recatarme suelo,
buscando a aquella que esquivar debía.

Llega con tan suave altanería,
que el alma tiembla para alzar su vuelo;
¡Tantos suspiros trae y tanto duelo
esta enemiga del amor y mía!

Tal vez un rayo de piedad, divino,
que brillar en sus ojos me parece,
hace que en parte mi temor se venza.

¡Mas, cuando hablarla al fin me determino,
cuando pensé olvidando, me enmudece
de casto amor la natural vergüenza!

IV

En presencia de Laura no puede hablar ni llorar ni respirar

El conservarte pura de mentira
y haberte siempre cuanto pude honrado
¡qué mal, ingrata lengua, me has pagado,
causándome tal vez vergüenza e ira!

En faz de Laura tu valor expira
para pedir merced, y o te has callado,
o imperfectas palabras balbuceando,
como de hombre que sueña o que delira.

¡Lágrimas tristes que la noche entera
fieles me acompañáis! ¿Por qué delante
de mi Laura no puedo desparciros?

¡Y vosotros, oh fervidos suspiros,
también enmudecéis de tal manera
que solo habla mi pálido semblante!

V

La noche y la aurora

Desear la noche y maldecir la aurora
acostumbran los prósperos amantes;
mas la noche mis duelos más punzantes
hace, y los templea el alba bienhechora,

pues en ella tal vez abren a una hora
un sol y el otro como dos levantes,
en belleza y en luz tan semejantes,
que el cielo de la tierra se enamora.

La noche anhela el amador amado
que en sus tinieblas, de su dulce amiga
gozar espera el cariñoso lado;

mas yo es justo que siempre la maldiga,
pues en ella mi sueño idolatrado
su cruda ausencia a lamentar me obliga.

VI

Laura en el cielo

Me alzó mi mente a la feliz esfera
que a los que amaron en su edén encierra;
yo a la que busco y no hallo aquí en la tierra
vi más hermosa y menos altanera.

Asió mi mano, y dijo: «Aquí te espera
conmigo amor, mi anhelar no yerra:
yo soy la que te dio tan cruda guerra
y de su edad murió en la primavera.»

«Mi bien no cabe en pensamiento humano:

tú solo faltas y el mortal vestido
que tanto amaste, y que dejé en el suelo».

¿Por qué, callando, me soltó la mano?
Que de tan dulces voces al sonido,
casi con ella me quedé en el cielo.

VII

Volviendo a Valclusa años después de la muerte Laura

¡Oh valle donde mi lamento suena,
río que tanto con mi lloro creces,
silvestres flores, vagas aves, peces,
que la una y la otra verde orilla enfrena!

¡Aura de mis suspiros toda llena,
dulce senda que amarga hoy me pareces,
alcor que me alegraste tantas veces
y ahora me causas tan profunda pena!

Todos sois lo que fuisteis, todavía;
no yo ¡ay de mí! que tan feliz he sido
y soy albergue de infinito duelo.

¡Ah! aquí fue donde mi bien vivía,
Y desde aquí a los cielos ha subido,
dejando al mundo su terrestre velo.

VIII

En la muerte de Sennucio, poeta y amante

Aunque quedo sin ti, solo y desierto,
caro Sennucio, al cabo me consuelo;
porque del cuerpo donde estabas muerto
gloriosa tu alma remontó su vuelo.

Ya puedes, lejos de este mundo incierto,
las maravillas contemplar del cielo,
y de mil y mil astros el concierto;
yo templo así con tu placer mi duelo.

Te ruego que de Venus en la esfera
por mí saludes al divino Dante
y a Beatriz su dulce compañera;

y dile a Laura que su triste amante,
mientras con ella reunirse espera,
en lloro vive y en dolor constante.

IX

Ave infeliz

Ave infeliz que, sin un punto ceses,
lamentas tu fugaz tiempo pasado,
viendo el infierno lóbrego a tu lado
y tras de ti el día y los alegres meses.

Si, como sabes tu pesar, supieses
mi semejante doloroso estado,
compasivo con este desgraciado
tus tristes quejas a partir vinieses.

Yo no sé si igual fuera nuestra suerte;
que tal vez, la que lloras tiene vida,
cuando a mi Laura, arrebató la muerte.

Mas la hora, la estación y la sentida
queja con que no dejas de dolerte
a decirte mis penas me convida.

SEGUNDA SERIE

Sonetos de Dante, Ariosto, Miguel Ángel y Victoria Colonna

DE DANTE ALIGHIERI

I

A Guido

Tú Guido, y yo con Lapo desearía
que fuésemos por alto encantamiento
puestos en un bajel que a todo viento
a nuestra voluntad bogara y mía.

Y ni mal tiempo o tempestad bravía
nos pudiese causar impedimento,
antes creciese en el común contento
el deseo de estar en compañía.

Y allí el encantador condescendiente
también pudiese a nuestras damas bellas,
Beatriz, Juana y la que Safo adora:

¡Y hablando allí mi amor eternamente,
tan satisfechas cual nosotros ellas,
se nos huyese un siglo como una hora!

II

Saludo A Beatriz

Tan honesta parece y tan hermosa
mi casta Beatriz cuando saluda,
que la lengua temblando queda muda
y la vista mirarla apenas osa.

Ella se va benigna y humillosa
y oyéndose loar, rostro no muda
y quien la mira enajenado duda
si es visión o mujer maravillosa.

Muéstrase tan amable a quien la mira
que al alma infunde una dulzura nueva
que solo aquél que la sintió la sabe.

.....
.....
.....

III

Alabanza de Beatriz

Lleva en sus ojos al amor sin duda
la que embellece todo lo que mira;
y tal respeto su presencia inspira,
que el corazón le tiembla al que saluda.

Dobla él la faz que de color se muda
y sus defectos al sentir suspira;
huyen ante ella la soberbia e ira;
¡oh bellas, dadme en su loor ayuda!

Toda dulzura, toda venturanza
nace el alma del que hablar la siente;
mas, si en sus labios la sonrisa brilla,

se muestran tal, que ni la lengua alcanza
nunca a decir, ni a comprender la mente
tan nueva e increíble maravilla.

DE LUDOVICO ARIOSTO

I

A una estancia donde esperaba a su amada

¡Venturosa prisión, cárcel suave,
no por amor, no por venganza fiera,
me tiene la más linda carcelera
a quien es bien que agradecido alabe!

Otros cautivos, al sonar la llave,
temen llegada su hora postrimera;
mas yo me alegro, que el placer me espera,
no juez severo, ni sentencia grave.

Me aguarda el más cortés recibimiento,
libre plática exenta de embarazos,
dulces halagos y caricias siento:

de cadenas en vez, floridos lazos,
y besos sabrosísimos sin cuento,
y largos, estrechísimos abrazos.

II

La cabellera cortada

¿Son éstos los rubísimos cabellos
que ya bajando en trenzas elegantes,
ya llovidos de perlas y diamantes,
ya al aura sueltos, eran siempre bellos?

¡Ah! ¿Quién los pudo separar de aquellos
vivos marfiles que ceñían antes,
del más bello de todos los semblantes,
de sus hermanos más felices que ellos?

Médico indocto, ¿fue el remedio solo
que hallaste, el arrancar con vil tijera
tan rico pelo de tan noble frente?

Pero sin duda te lo impuso Apolo
para que así no quede cabellera
que con la suya competir intente.

DE MIGUEL ÁNGEL BUONAROTTI

I

A Victoria Colonna

Imposible parece y nos lo advierte
empero la experiencia, que más dura
de mármol insensible una figura
que su autor, presa en breve de la muerte.

Más que la causa es el efecto fuerte,
por el arte es vencida la natura:
lo sé yo a quien da gloria la escultura,
y ya me acerco a la vejez inerte.

Tal vez a ti y a mí dar larga vida
puedo con el cincel o los colores,
adunando mi amor y tu semblante.

Y mil años después de la partida,
se verán tus hechizos vencedores,
y cuánta razón tuve en ser tu amante.

II

Desengaño

Llegó ya el curso de la vida mía
por tempestuoso mar, en frágil barca,
al común puerto, en el que se da parca
cuenta de toda acción, injusta o pía.

¡Cuánto ello la amorosa fantasía
que del arte hizo su ídolo y monarca!
Que en cuanto alumbra el sol y el mar abarca
es todo error cuanto el mortal ansía.

Devaneos de amor, triunfos del arte,
¿qué sois, hoy que a dos muertos me avecino?
Una es segura, la otra me amenaza.

No habrá pintar, no hay esculpir que hoy harte
al alma vuelta a aquel amor divino
que de la cruz al universo abraza.

DE VICTORIA COLONNA

I

Al Cardenal Bembo

¡Ay! ¡cuánto fui a mi sol, contrario al hado
que antes el numen con su rayo ardiente
no os encendió, para que eternamente
fuerais más claro vos, el más loado!

Con vuestro estilo noble y levantado
entre todos famoso y excelente
su nombre hubierais del ocaso a oriente
de la segunda muerte preservado.

¡Pudiese daros yo el ardor, que siento,
o vos a mí la inspiración suprema,
para cantar un mérito tan nuevo!

Mas al cielo dejamos descontento
vos porque no escogisteis ese tema,
yo porque de tal sol a hablar me atrevo.

II

Recuerdos de su esposo

De mi sol claro, con la muerte ciego,
aquí miro doquier las dulces huellas;
ciego no; más allá de las estrellas
arde con luz más clara y vivo fuego.

Aquí vencido de mi amante ruego,
él me mostró sus cicatrices bellas,
y yo mis labios estampaba en ellas,
y las bañaba de mi llanto el riego.

Sus brillantes victorias me contaba
y el modo y la ocasión con la serena
faz con que abría la contienda brava;

de llanto rompo en dolorosa vena,
pues lo mismo que un tiempo me alegraba
me causa ahora inconsolable pena.

TERCERA SERIE

DEL CARDENAL PIETRO BEMBO

I

A Italia

Oh tú del mundo la más bella parte,
que ciñe el vasto mar y el Alpe cierra,
oh dulce, alegre, deleitosa tierra;
que alto y soberbio el Apenino parte.

En vano el pueblo te dejó de Marte
señora de la mar y de la tierra,
hoy tus antiguas siervas te hacen guerra
y no cesan de herirte y de pegarte.

Ni falta entre tus hijos quien ajeno
poder devastador convide y llame
y hunda su espada en tu materno seno;

no queda ya quien te respete y ame.
¡Oh duro siglo de maldades lleno!
¡Oh estirpe vil, degenerada, infame!

DE TORCUATO TASSO

I

A San Francisco de Asís

¡Oh tú a quien Cristo con su propia mano
en el cuerpo imprimió las hondas huellas
de las llagas sangrientas cuanto bellas
que recibió en el leño soberano!

Pues, ya, a tu pío Salvador cercano
resplandecer las miras cual estrellas,
no dejes que la voz de mis querellas
a sus oídos se levante en vano.

Sus golpes para mí son tan violentos
como suaves para ti las llagas;
estas eran de amor, esos son de ira;

mas tú me los endulzas; tú me inspiras
tanto tu puro ardor que con él hagas
que en Dios hallé felices mis tormentos.

II

Compara su amada a la aurora

Cuando sale la Aurora y su faz mira
en el espejo de las ondas; siento
las verdes hojas susurrar al viento;
como en mi pecho el corazón suspira.

También busco mi aurora; y si a mí gira
dulce mirada, muero de contento;
veo los nudos que en huir soy lento
y que hacen que ya el oro no se admira.

Mas al sol nuevo en el sereno cielo
no derrama madeja tan ardiente
la bella amiga de Titón celoso.

Como el dorado rutilante pelo
que orna y corona la nevada frente
de la que hurtó a mi pecho su reposo.

DE VINCENZO MONTI

I

El día que en tu faz la gloria entera
del grande sacrificio fulguraba
y una luz de los cielos hechicera
en tus ojos extática brillaba.

A tu oído la queja lastimera
de tu doliente Juventud sonaba
y sobre tu cortada cabellera
la despreciada Libertad lloraba.

El placer lisonjero te ofrecía
sus deleites funestos y a la entrada
con mano audaz tu veste removía;

¡mas tú las puertas, invencible y fuerte,
cerraste de tu mística morada
y le diste las llaves a la Muerte!

II

En otra profesión

¡Oh Libertad! ¡Oh de héroes madre santa,
y de los hombres principal derecho
que está grabado en todo noble pecho
y nuestra parte superior levanta!

¿Pues cómo así con atrevida planta
te deja incauta virgen y su techo
nativo trueca por el claustro estrecho
y eterno cautiverio no la espanta?

Mas no; que, aunque parece que te huella
al hierro dando su dorado pelo,
quien más te busca, Libertad, es ella;

más libre la hace su ceñido velo,
porque la misma servidumbre es bella
si eterna Libertad nos da en el cielo.

DE VINCENZO DA FILICAIA

I

A Italia

¡Italia, Italia! ¡Oh tú a quién dio la suerte
el don fatal de la beldad y en ésta
de mil males y vil dote funesta!
¡Oh! ¡menos bella fueras o más fuerte!

Así o lograras invencible hacerte
o no tentaras con tu luz modesta
la codicia de aquel que te detesta
fingiéndote amarte; y que te reta a muerte.

¡No viera el Alpe entonces mil torrentes
de armados galos derramar do quiera
y que tu noble sangre el Po colora!

Ni por el brazo de extranjeras gentes
inútilmente combatir, te viera,
para servir, vencida o vencedora.

DE HUGO FOSCOLO

I

A mi hermano

Un día, sino fuera siempre huyendo
me sentaré en tu tumba con agudo
dolor, ¡oh hermano de mi amor!, gimiendo
que tan joven hallaras fin tan crudo.

Sola hoy la Madre, lágrimas vertiendo,
habla de mí con tu cadáver mudo;
mas yo ambos brazos vanamente os tiendo
y de lejos mi dulce hogar saludo.

Siendo tus mismos; males torticeros,
y al puerto pido paz do le acogiste,
ya fatigado de estos mares fieros.

Es la última esperanza que me asiste;
¡siquiera mis huesos, píos extranjeros,
volved al pecho de la madre triste!

II

A la amada

Así el entero día en largo, incierto
sueño gimo; mas luego cuando aduna
la noche las estrellas y la luna,
frío el aire y de sombras ya cubierto,

donde el llano es selvoso y más desierto
lento entonces vagando, una por una,
palpo las llagas que la vil fortuna
y Amor y el mundo han en mi pecho abierto.

Tal vez cansado, apoyo me da un pino
o con mis esperanzas, allí donde
suena la onda, tal vez hablo y deliro.

Mas las iras del mundo y del destino
olvidando por ti, por ti suspiro
luz de mis ojos, ¿quién a mí te esconde?

DE GIUSEPPE GLUSTI

I

Los treinta y cinco años

Ya tengo treinta y cinco, y desterrada
está del todo la locura mía;
o si un grano me queda todavía
por algún pelo blanco está templada;

conmigo vida menos agitada
de media prosa y media poesía
vida de estudio y plácida alegría,
mundana en parte, en parte retirada.

Y prosiguiendo con la danza aquesta
viendo temas de risa por doquiera,
vendrá la muerte a concluir la fiesta.

Moriré alegre, si mi vida entera
mereciese una lápida modesta
que lleve escrito: «No mudó bandera».